

Colleen
GLEASON



EN EL
CALOR
DE LA
NOCHE

TERCIOPELO I PARANORMAL

En el calor de la noche



En el calor de la noche

Colleen Gleason

Traducción de
Nieves Calvino



Título original: *Rises the Night*
Copyright © 2007, Colleen Gleason

Primera edición: mayo de 2009

© de la traducción: Nieves Calvino
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
info@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.617-18-0
Depósito legal: M. 14.600-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mi madre, por absolutamente todo

Prólogo

El duelo de una viuda

Un mes después de haber perdido a su esposo, Victoria se lanzó a las calles de Londres.

Cuando más cerrada era la noche, mientras el resto de la ciudad estaba bien protegida y la mayor parte de la sociedad se había retirado al campo para la temporada de caza, Victoria Gardella Grantworth de Lacy, marquesa viuda de Rockley, caminaba sola por el barrio conocido como Seven Dials.

Se sentía profundamente deprimida. La apatía y el entumecimiento, entrelazados con una profunda y corrosiva pena y rabia, hacían que el movimiento de sus miembros resultara mecánico, semejante al de una autómatas. No sólo vestía de negro de pies a cabeza a causa de su periodo de luto, sino que también se debía a que esto le permitía fundirse con las sombras, entrar y salir, ser vista si lo deseaba; fusionarse en un solo ser con la oscuridad si no era así.

Llevaba ropa de hombre para facilitar sus movimientos y porque conservaba el aroma de su esposo. También vestía así a modo de protesta silenciosa contra las críticas de una sociedad que le exigía que durante doce meses se quedase sentada en su casa, sumida en la oscuridad, a ver pasar el tiempo. Sus labios esbozaron una sonrisa carente de humor al pensar en qué dirían las matronas de la sociedad si supieran a qué se dedicaba.

El sombrero de copa, lo bastante alto como para ocultar su gruesa trenza, también había pertenecido a Phillip. Había captado el olor a romero de su crema capilar la primera vez que se lo puso en la cabeza. Ahora aquel reconfortante aroma, familiar

y doloroso, se había diluido en el hedor a excremento de caballo, desechos humanos y otros desperdicios que se amontonaban en las calles de una de las peores barriadas de Londres.

Estas calles eran angostas y estaban pegadas unas a otras, sus edificios estaban separados por una distancia que apenas superaba la anchura de un hombre con los brazos extendidos. Las ventanas eran prácticamente inexistentes, y cada estructura tenía postigos colgantes, puertas destartaladas, o ambas cosas. Los carruajes, o incluso los caballos, eran una rareza, sobre todo antes del alba, cuando todavía estaba oscuro y los rufianes y matones merodeaban en busca de una víctima confiada.

Victoria sabía que esa noche no encontraría vampiros que cazar. Hacía un mes que todos habían huido de la ciudad junto con su reina, Lilith.

No, Victoria no esperaba encontrarse con un no muerto al que clavarle una estaca, pero deseaba que así fuera. Oh, cuánto lo deseaba. Lo necesitaba.

Necesitaba sentir la sangre corriendo de nuevo por su cuerpo, la sangre que parecía fluir lentamente y estancarse, bullendo por sus venas, igual que la capa de suciedad de un estanque. Necesitaba acción, esforzarse, necesitaba «sentir» otra vez. Necesitaba venganza.

Necesitaba absolución.

Victoria dobló la esquina y se agazapó con presteza a la sombra de un viejo edificio de ladrillo que había pasado. Vio dos figuras al otro lado de lo que en esa zona de Londres hacía las veces de calle.

Una de ellas pertenecía a un hombre alto y fornido. La otra era la de una esbelta joven: una muchacha, en realidad, pues apenas le llegaba a la altura del hombro. La media luna salpicaba con su luz la calle e iluminaba nítidamente a ambos. Victoria pudo ver que la joven estaba asustada, que suplicaba y forcejeaba... mientras el hombre, haciendo uso de la ventaja que le otorgaba su corpulencia y su altura, la retenía contra la pared, sujetándola por la garganta mientras le sobaba los pechos y le desgarraba el corpiño del vestido. Ella empujaba y arañaba los brazos velludos del hombre con sus pequeñas manos, tratando alternativamente de taparse, de soltarle la mano de su cuello y de apartarle la otra a manotazos.

Victoria miró en derredor al tiempo que se adentraba en la luz, dejando el amparo de las sombras. No había nadie en los alrededores; tanto si el hombre había llevado allí a la muchacha, como si ella se había extraviado, parecía que nadie iba a ayudarla. Se quitó el sombrero de Phillip y dejó que su larga trenza le cayera por la espalda. Quería que él supiera que quien iba a darle su merecido era una mujer.

Haciendo caso omiso de la estaca que llevaba bien guardada en el bolsillo del abrigo, y prescindiendo del cuchillo que llevaba sujeto al muslo, Victoria se acercó al hombre por detrás, sigilosa como un gato, y le asestó una fuerte patada en la parte baja de la espalda.

El tipo se giró, dejando escapar un grito, tenía aún sus manos regordetas alrededor del cuello de la muchacha... hasta que vio quién le había abordado. Soltó a la niña, que cayó al suelo, y trató de alcanzar a Victoria.

Ella estaba preparada. La sangre fluía por sus venas, las manos dispuestas, las rodillas flexionadas para proporcionarle estabilidad, tal y como le había enseñado Kritanu. La rabia que llevaba semanas reprimiendo salió a la superficie. Su respiración se aceleró.

El hombre le brindó una desagradable sonrisa, luego arremetió contra ella. De forma ágil y veloz, Victoria esperó hasta el último momento y lo esquivó haciéndose a un lado, agarrando su brazo extendido y haciendo uso de la fuerza de su peso para hacerle girar, mientras su trenza ondeaba al aire. El diminuto *vis bulla* que llevaba le confería la misma fuerza y velocidad que poseían los no muertos con los que estaba acostumbrada a luchar, y le permitió estrellar de lleno contra la pared a un hombre que le triplicaba el peso.

El tipo se estampó provocando un satisfactorio estruendo, pero Victoria no había terminado con él; no estaba preparada para reprimir sus volátiles emociones. Ignorando la expresión desorbitada de los ojos de la muchacha, que se había escabullido a un lado, apartándose de la acción, hizo girar de nuevo al aspirante a violador. Sus nervios rezumaban energía, su aliento surgía en profundos jadeos, su visión se había transformado en una neblina roja mientras le aplastaba el puño en la mejilla. El hombre tropezó, pero se enderezó y, emitiendo un

gutural grito colérico, atacó con un brazo tan grueso como el muslo de Victoria.

Ella bloqueó el golpe con su fuerte y esbelto miembro, y utilizó el otro puño para asestarle un golpe en la cara. La expresión del tipejo denotaba sorpresa y aturdimiento, pero esquivó el puñetazo y se agachó, girando e irguiéndose acto seguido con una navaja en las manos.

El mundo aminoró y aceleró su marcha a un mismo tiempo.

Victoria recordaba haber sonreído, recordaba la sensación de satisfacción que se apoderó sosegadamente de ella cuando echó mano a su propio cuchillo. Recordaba la calma con que lo sacó de la liga colocada por fuera de sus pantalones, el tacto del instrumento en la palma de su mano... semejante al peso y el grosor de una estaca. Una estaca de madera de fresno.

Se sentía como si hubiera llegado a casa. Como si hubiera sido rescatada de algún profundo y oscuro encierro. Se liberó de golpe.

Lanzó su ofensiva, atacando con el cuchillo a diestro y siniestro. Las imágenes ardían en su mente mientras ponía en práctica los movimientos que Kritanu le había enseñado, aquellos que durante los últimos meses habían pasado a formar parte de su segunda naturaleza. Recuerdos de Phillip, de Lilith, de las miríadas de vampiros de ojos rojos con quienes había luchado se agolparon, entremezclándose con la cara de su atacante, que continuaba paralizado a causa de la sorpresa, seguidamente por el dolor... y, más tarde, el vacío.

Vacío.

Victoria no volvió en sí hasta que no levantó el brazo para atacar de nuevo y vio el reflejo rojo mate de la sangre sobre los tendones de su mano.

Se quedó inmóvil con la vista clavada en ella. Eso no podía ser sangre. Los vampiros no sangraban cuando se les clavaba una estaca.

Se percató de que no era capaz de recobrar el aliento, que había escapado y hacía que su cuerpo se sacudiera en profundos resuellos cada vez que inhalaba. Sus hombros subían y bajaban bruscamente; le ardían los pulmones. Le temblaban los brazos y las piernas. Los ojos y la nariz le goteaban.

Victoria bajó la mirada. Tenía un cuchillo, no una estaca. Un

cuchillo del que chorreaba sangre. Su mano no sólo estaba manchada, sino salpicada, empapada en rojo líquido que formaba un horripilante dibujo. Se arrodilló... se arrodilló junto a un enorme cuerpo que ya no se movía.

Tenía los ojos abiertos y vidriosos, la mirada perdida, y la sangre le cubría el mentón y las mejillas, incluso los labios, con el mismo espantoso dibujo que formaba en las manos de Victoria. Apenas se apreciaba el ascenso y descenso de su torso al tomar aire.

Victoria lo miró fijamente y se puso en pie con cautela.

Miró su cuchillo. Lo habría dejado caer, pero sus dedos se negaban a soltar la empuñadura. Se lo guardó en el bolsillo, todavía aferrada a él, y dio media vuelta.

La muchacha. Recordaba vagamente a la muchacha.

Pero allí no había nadie. Nadie que viera lo que había ocasionado, lo que la rabia y la desolación habían obrado cuando explotaron en su interior.

Victoria bajó de nuevo la mirada a sus manos. Había matado antes... pero jamás se había manchado las manos de sangre.

Eustacia Gardella escuchó el ruido antes de que lo hiciera el hombre que dormía a su lado. Buscó automáticamente la estaca que guardaba junto a la cama, bajando del colchón con una agilidad que camuflaba sus ochenta y un años de edad. Kritanu, con su negro cabello reluciendo a la luz de la luna que se colaba por la ventana, se removió y despertó a causa de su movimiento.

Vio la estaca que sujetaba en la mano y entonces sus oscuros ojos buscaron en silencio los de Eustacia, sacando a continuación sigilosamente su cuerpo enjuto de debajo de las sábanas. Kritanu echó mano a su cuchillo, y Eustacia lo sintió a su espalda cuando salió furtivamente de la habitación.

Había sido un ruido vago, pero su sensibilidad como *venator* le permitía reconocer y distinguir el peligro y la alerta con una precisión mucho mayor que la de cualquier mortal. Sólo lo había oído una vez, y luego todo había quedado en silencio.

Pese a que no sentía la presencia de ningún no muerto, Eustacia aferró la estaca igual que la mano de su amante, y bajó las

escaleras rápida y quedamente. En la casa únicamente había otro sirviente, Charley, y éste no se habría despertado.

Casi había terminado de bajar cuando vio la figura de pie en la espectacular entrada de su casa, y contuvo el aliento cuando la reconoció.

—¡Victoria! —gritó, levantándose el camisón y sujetando su suave lino con el mismo puño con el que asía la estaca—. ¿Qué ha pasado?

Su sobrina nieta estaba de pie en el vestíbulo, con la mirada alzada hacia ella en medio de la tenue luz que arrojaba la lámpara dorada que siempre dejaba encendida junto a las escaleras. Tenía el rostro y las manos cubiertos de oscuras manchas, y la expresión desorbitada y estupefacta con que la miraban fijamente sus ojos le reveló a Eustacia parte de la historia.

—No quería ir a casa con este aspecto. —La voz de Victoria parecía notablemente serena—. ¿Qué dirían los criados?

—*Cara*, ¿qué ha sucedido? —Eustacia asió con sus dedos nudosos la mano fría y manchada de Victoria, y tiró suavemente de ella en dirección a la salita.

Kritanu, bendito fuera, había sacado una manta de su baúl y abrigó a Victoria con ella.

—He estado a punto de matarle —dijo Victoria, mirando a Eustacia con los ojos vacíos—. Había mucha sangre. No sabía qué hacer.

Las palabras eran simples, calmadas, lógicas. Se irguió y se relajó. Pero la expresión de sus ojos hizo que Eustacia frunciera el ceño. Condujo a su sobrina hasta el sofá Davenport y tomó asiento a su lado.

—Cuéntame lo que ha pasado, Victoria.

—He salido esta noche. No esperaba encontrarme con ningún vampiro... sé que Lilith se los llevó a todos consigo, pero salí de todos modos. Lo necesitaba.

—Necesitabas hacer algo —repitió las palabras deliberadamente, esperando que ayudaran a desterrar el impacto de los ojos de su sobrina nieta—. Por supuesto que sí. Eres una *venator*.

Una breve sonrisa surgió en el rostro de Victoria.

—Max me dijo eso. La noche en que Phillip... murió. Dijo que era una verdadera *venator*.

—¿De veras? —Max, el protegido de Eustacia, había partido rumbo a Italia inmediatamente después de la tragedia, y aún no había recibido noticias de él. La tensión existente entre él, un *venator* experimentado, y Victoria había sido palpable. Le resultaba interesante que Max le hubiera dedicado tal cumplido, pues había mantenido una postura inflexible con respecto a que la joven se preocupara más por ser la bella del baile que por vampiros y estacas—. Bien, de modo que saliste. Cuéntame qué ha sucedido. ¿De quién es toda esta sangre?

—Casi mato a un hombre. No recuerdo haberlo hecho, tía Eustacia. Iba a violar a una mujer, a una niña, y yo se lo impedí. Era muy grande, mucho más que yo. Comenzamos a luchar, y cuando sacó un cuchillo, yo saqué el mío... y lo siguiente que recuerdo es que él había dejado de defenderse. Había sangre por todas partes. Nunca antes había habido sangre. —Sus ojos volvían a mostrar una expresión vacía, y a Eustacia se le encogió el corazón al mirar el hermoso rostro de su sobrina. Su valiente, inteligente y fuerte sobrina.

¿Cuántas veces no había lamentado convertirla en una *venator* y arrastrarla a este mundo, un mundo de violencia y maldad?

Pero aquí estaba, y la necesitaban. Max, el resto de *venators* y ella misma necesitaban a Victoria si querían destruir a Lilith, la reina de los vampiros. La destrucción del mal que acechaba su mundo era digna de cualquier sacrificio, ya fuera grande o pequeño. Eustacia llevaba más de sesenta años viviendo esa verdad.

Victoria también la viviría. Eustacia tan sólo deseaba que no hubiera tenido que experimentar un sacrificio tan enorme, y tan sumamente pronto.

—No, nunca hay sangre —repuso, eligiendo responder a su último comentario.

—Me repugnaba. Él... lo dejé allí. No sabía qué hacer.

—Victoria. Escúchame. El hombre estaba atacando a una niña, y tú la has salvado. La has ayudado. Y ese tipo te habría rebanado el cuello si no te hubieras defendido. Tenías que protegerte.

—Lo hice. ¡Pero no tenía por qué hacerle pedazos! —Entonces, finalmente, rompió a llorar.

Eustacia la abrazó, sintiendo las sacudidas y estremecimien-

tos de sus delicados hombros como si de sus propios sollozos se tratasen. Había tardado mucho tiempo en suceder, desde la muerte de Phillip, y le aliviaba que Victoria al fin hubiera liberado el dolor y la ira que se había ido acumulando en su interior. Perder a su esposo en menos de un mes después de casarse con él, y de un modo tan terrible, había provocado que se retrajera y se cerrara en banda. Al menos, esta noche había hallado un modo de enfrentarse a parte de aquellas emociones.

Pero qué modo tan terrible de hacerlo.

Tras un largo rato, después de que sus bruscas inspiraciones se hubieran convertido en pequeñas sacudidas y más tarde en suaves hipidos, Victoria se apartó. Tenía los ojos hinchados y las mejillas enrojecidas. Diminutos rodales marrones teñían su rostro, y una larga raya perfilaba su mandíbula. Algunos rizos negros habían escapado de la trenza, enmarcando desordenadamente su semblante.

Victoria comenzó a quitarse con torpeza la camisa que llevaba remetida en los pantalones de hombre, sacándosela a tirones, subiéndosela y apartándola de su vientre. Eustacia lanzó un breve vistazo, pero Kritanu no había regresado todavía.

—No puedo llevar esto. No puedo dejar que me controle.

Eustacia sabía a qué se refería. Victoria se subió la camisa y allí, descansando en el hueco de su ombligo, se encontraba el *vis bulla*, el amuleto sagrado de fuerza usado por los *venators*, los cazadores de vampiros. Realizado artesanalmente con plata de Tierra Santa, la pequeña cruz había sido ungida con agua bendita de Roma antes de que el pequeño arete a juego hubiera sido colocado en la parte superior del ombligo de Victoria, tal como lo había sido el propio *vis bulla* de Eustacia cuando aceptó su deber como parte del legado de la familia Gardella. Ella todavía llevaba el suyo puesto, naturalmente. Un *venator* jamás se quitaba su *vis*.

Victoria y ella eran *venators*, nacidas, adiestradas y bendecidas. Sólo a unos pocos escogidos se les daba tal oportunidad, y de éstos apenas unos pocos la aceptaban. Solamente existían en torno a un centenar de *venators* en todo el mundo que habían pasado la prueba y que llevaban su *vis bulla*.

Y ahora Victoria deseaba devolver el suyo. Eustacia se dispuso a hablar, pero su sobrina le interrumpió.

—No temas, tía. Volveré a llevarlo... cuando pueda estar segura de que no abusaré de su poder. Esta noche me he dado miedo a mí misma, pero he aprendido que aún no estoy preparada para volver a cazar de nuevo. Una cosa es matar a un no muerto, a un malvado ser inmortal... pero no deseo ver mis manos manchadas con sangre humana nunca más.

Eustacia asió las manos ensangrentadas de su sobrina. Aquello le dolía y, a un nivel profundo, le asustaba... pero lo comprendía.

—Ahora no hay peligro en Londres. Lilith se ha llevado a sus seguidores, y aunque regresará, no es una amenaza inminente.

Los ojos de Victoria se aclararon; su boca se tensó con ferocidad.

—No temas. Juro que me vengaré de Lilith por lo que le hizo a Phillip. Lo que antes era un deber, ahora ha pasado a ser una responsabilidad personal para mí.